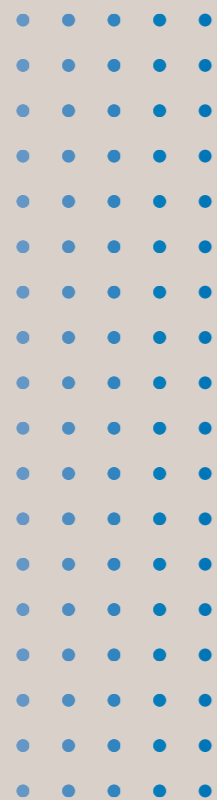


La hispanohablante es una de pocas comunidades lingüísticas multinacionales, con una irradiación que impresiona por su dinamismo y alcance. ¿Qué réditos económicos procura este condominio lingüístico? ¿Cuál es su valor como materia prima de la creación cultural, como medio de comunicación compartido que agiliza las tareas de identificación y de negociación entre los agentes económicos, propiciando entornos de afinidad en los mercados exteriores, y como seña de identidad colectiva, expresión de lazos intangibles y simbólicos que nutren el capital social y que también aproximan las relaciones económicas? He aquí el núcleo que da unidad al vasto proyecto de investigación interdisciplinar bajo el título general *Valor económico del español: una empresa multinacional*, promovido por FUNDACIÓN TELEFÓNICA.

Un ambicioso programa de investigación que desde finales de 2005 aglutina un equipo plural de estudiosos de seis Universidades españolas, bajo la dirección de los profesores José Luis García Delgado, José Antonio Alonso y Juan Carlos Jiménez.



Esta obra es la primera de una serie —que ha de completar diez títulos— destinada a ofrecer los resultados de la investigación promovida por FUNDACIÓN TELEFÓNICA bajo el título general de “Valor económico del español: una empresa multinacional”. Una investigación que aspira a cuantificar toda la actividad productiva o de intercambio que, en la economía española y en la del conjunto de los países de habla hispana, encuentra en la lengua algún tipo de contenido relevante o de soporte significativo, y también a crear opinión sobre la importancia y el carácter estratégico de este activo intangible para España y para la comunidad panhispánica de naciones.

Este volumen, escrito por los directores del amplio equipo multidisciplinar —economistas, sociólogos, estadísticos y filólogos— que realiza el estudio, presenta el soporte doctrinal y las herramientas conceptuales para avanzar en dicho campo de análisis, una tarea incitante por la singular naturaleza que la lengua tiene como objeto de exploración económica y por los muy pocos precedentes con los que se cuenta.

Una labor estimulante y también fructífera, a tenor de los resultados ya obtenidos —cuyo avance se ofrece asimismo en las páginas de este libro—, que deja abierto un anchísimo horizonte de posibilidades.



JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO
JOSÉ ANTONIO ALONSO
JUAN CARLOS JIMÉNEZ



ECONOMÍA
DEL ESPAÑOL
UNA INTRODUCCIÓN

José Luis García Delgado es catedrático de Economía Aplicada en la Universidad Complutense. Académico numerario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, es también titular de la Cátedra “la Caixa” Economía y Sociedad. Estudioso de procesos de industrialización y modernización económica, entre sus libros recientes figuran *La modernización económica en la España de Alfonso XIII* y, en colaboración, *La España del siglo XX, lecciones de economía española* (8ª edición) y *Estructura económica de Madrid* (3ª edición).

José Antonio Alonso es catedrático de Economía Aplicada y Director del Instituto Complutense de Estudios Internacionales. Experto en Economía Internacional y en Desarrollo Económico, ha publicado trabajos en numerosas revistas especializadas, nacionales e internacionales. Sus últimos libros son *Emigración, población y desarrollo. Cooperación con países de renta media* y, en colaboración, *Lecciones de economía mundial* (3ª edición).

Juan Carlos Jiménez es profesor titular de Economía Aplicada y Director del Departamento de Estadística, Estructura Económica y Organización Económica Internacional de la Universidad de Alcalá. Especializado en aspectos relacionados con el proceso de industrialización de la economía española, con particular atención al sector energético y la financiación empresarial, ha publicado decenas de artículos de investigación, siendo sus libros más recientes, en colaboración, *La España del siglo XX* y, *Energía: del monopolio al mercado. CNE, diez años en perspectiva y Energía y regulación*.

ÍNDICE

Advertencia	9
Introducción: razones de oportunidad	11
Capítulo 1.– Naturaleza económica de la lengua	21
1. Lengua y actividad económica	21
2. Algunos rasgos específicos de la lengua como recurso económico	24
3. La lengua como bien público de club	32
4. Beneficios derivados de la pertenencia al club	41
5. Costes de pertenencia al club	50
6. La lengua como bien privado	52
7. Tamaño óptimo del club	55
Capítulo 2.– Economía de la lengua: un panorama de la literatura	59
1. Delimitación conceptual	59
2. Lengua y externalidades de red	66
3. La lengua como parte del capital humano	72
4. Valoración de las políticas lingüísticas	80
5. Lengua y comercio internacional	84
6. La lengua como intangible empresarial	92

8 Economía del español

Capítulo 3.– El valor económico del español:	
antecedentes y propuesta	95
1. La necesidad de medir	95
2. El caso del bilingüismo: un apunte	97
3. El español en la Contabilidad Nacional: un estudio pionero	98
4. Economía de la cultura	106
5. El español en la Red	108
6. <i>Proyecto Fundación Telefónica</i>	110
6.1. El planteamiento	110
6.2. La medición	119
Capítulo 4.– Impacto económico del español:	
seis ámbitos	125
1. Proyección económica de la lengua: una realidad plural ...	125
2. Industrias culturales	129
3. Enseñanza del español	134
4. El español y las TIC	143
5. Flujos migratorios	149
6. Flujos comerciales internacionales	156
7. Lengua, cultura y cooperación para el desarrollo: una nota	163
Epílogo	167
Referencias bibliográficas	175

ADVERTENCIA

Esta obra es la primera de una serie –que ha de completar diez títulos– cuyo objeto es ofrecer los resultados de la investigación promovida por Fundación Telefónica (en adelante *Proyecto Fundación Telefónica*) bajo el rótulo general de *Valor económico del español: una empresa multinacional*. Una colección de Documentos de Trabajo –editados conjuntamente por dicha Fundación y por el Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI)– y varios Seminarios Internacionales –en Sevilla, Montevideo y Cartagena de Indias– han ido dando cuenta de los avances de ese empeño académico, iniciado a finales de 2005 y programado para tres años. Hora es ya de una primera obra como la que estas líneas inician.

El auspiciado por Fundación Telefónica es un proyecto de investigación interdisciplinar –reúne a economistas, sociólogos, estadísticos y filólogos–, que aspira, en sucesivas etapas de trabajo, no sólo a cuantificar toda la actividad productiva o de intercambio que, en la economía española y en la del conjunto de los países de habla hispana, encuentra en la lengua algún tipo de contenido relevante o de soporte significativo, sino también a crear opinión sobre la importancia y el carácter estratégico de este activo intangible para España y para la comunidad panhispánica de naciones.

Desde el inicio mismo de la tarea investigadora, Fundación Telefónica ha hecho partícipes de ella, recabando en algún caso su colaboración, a la Secretaría General Iberoamericana, a la Real Academia Española y al Real Instituto Elcano, además de mantener contactos permanentes con otras entidades que comparten, por razones fundacionales y de dedicación preferente, el interés por alguna de las dimensiones o vertientes económicas del español. Caso aparte es el Instituto Cervantes, con el que Fundación Telefónica ha establecido un amplio acuerdo para presentar y promocionar con-

10 Economía del español

juntamente la producción editorial que se derive de la investigación. Todo lo cual, en su conjunto, dice mucho y bien de la amplitud de miras y del generoso proceder de la institución promotora del trabajo.

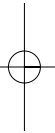
Versa éste sobre un tema que no deja de ganar interés, como lo prueban las iniciativas de índole parecida que se han multiplicado en el curso de los últimos meses, como las que, señaladamente, están impulsando Fundación Caja de Burgos desde 2005 (reuniones en el Palacio de Saldañuela y encuentros bajo el lema «Pretexto Covarrubias») y el conjunto de instituciones públicas y privadas que en San Millán de la Cogolla convocaron, a finales de octubre de 2006, el congreso cuyo contenido se ha vertido en la «I Acta Internacional de la Lengua Española».

No estamos solos, pues, quienes hemos asumido la responsabilidad de dirigir la investigación alentada por Fundación Telefónica: ni por querer avanzar en solitario ni por desconocer lo que simultáneamente otros hacen. Buena situación de partida: tanto la multiplicación de colaboraciones como la de iniciativas constituyen un estímulo para la tarea intelectual.

LOS AUTORES
Agosto, 2007

Introducción

RAZONES DE OPORTUNIDAD




Tres hechos agrandan en nuestro tiempo la dimensión económica de aquellas lenguas que, como el español, son lenguas de comunicación internacional. Primero, la avanzada y creciente globalización de los procesos productivos y de los mercados de bienes y servicios, con una amplitud que va mucho más allá de lo alcanzado en cualquier otra fase histórica de apertura y mundialización de las actividades económicas. Segundo, la mayor demanda de productos culturales –entre ellos, los de mayor contenido idiomático– conforme aumenta la renta en un mundo interrelacionado que ve al tiempo multiplicarse la información, y no sólo en los países desarrollados. Tercero e implícito en el anterior, el despliegue de la sociedad del conocimiento, cuyo principal soporte –de lo que se sabe y de cómo se transmite lo que se sabe– es la lengua.

Consecuentemente, gana interés el estudio de las vinculaciones entre lengua y economía, en particular cuando dicho análisis concierne a lenguas que facilitan la *relación*, lenguas *punte* o *internacionales*, propiamente dichas. El español, por ejemplo.

Concurren además, en el caso de éste, no pocas circunstancias particulares que hoy realzan la oportunidad de adentrarse en tal novedoso campo de estudio. Con ánimo de concisión, pueden resumirse en cinco puntos.

1. Antes que nada, el rápido crecimiento del número de hispanohablantes durante los últimos decenios. Del número de los que tienen al español como lengua materna y, sobre todo, de la población que lo adquiere como segunda o tercera lengua. Un auge que, en conjunto, resiste pocas comparaciones y que es “espectacular” –la apreciación es de quien lleva muchos años prestando atención al tema, Gregorio SALVADOR (2007)– en lo referido concretamente al



12 Economía del español

español como lengua aprendida. En el arranque del siglo XXI, el español no sólo se hace fuerte dentro del grupo de las cuatro lenguas «mundiales» o «mayores» –junto al chino, hindi e inglés, cada una de ellas con muy superior número de hablantes al que tienen ruso, árabe, bengalí, portugués, japonés, alemán o francés, esto es, el grupo de las siete «grandes lenguas» (Roland BRETON, 1979)–, sino que también se ha afirmado como segunda lengua de comunicación internacional o de intercambio, después del inglés: de hecho, «la otra» lengua internacional de Occidente, con posibilidades, más que de competir, de complementar a la que es en nuestros días, sin discusión, la única *lingua franca*.

He aquí un primer factor que aporta especial sentido de la oportunidad al estudio de la proyección económica del español. Aglutinando a una de las pocas comunidades lingüísticas multinacionales que existen en un planeta con miles de lenguas –entre cuatro y seis mil, según unos u otros cálculos–, su fuerza expansiva no es una promesa, es una realidad. Los datos ofrecidos por el Instituto Cervantes en la *Enciclopedia del español en el mundo* (2006) son ciertamente llamativos: seis millones de personas lo estudian en Estados Unidos, donde ha desplazado al francés como segunda lengua y donde el bilingüismo en inglés y español se recompensa cada vez mejor en mayor número de puestos de trabajo; otros once millones lo harán no tardando mucho en Brasil, a partir de las aún recientes disposiciones legales para establecer el español como segunda lengua de estudio; en Europa el español es también ya más solicitado que el alemán, el ruso o el italiano; y en China –en la otra orilla del océano que baña un costado de Iberoamérica– se está multiplicando con rapidez su demanda. Se trata, desde luego, de cifras que pueden y deben afinarse –y a ello quiere también contribuir la investigación de la que forma parte esta obra–, pero tampoco son asimilables a «los alegres guarismos de la demolingüística» que en ocasiones se han manejado (SALVADOR, 1987). Si la alguna vez pretendida «universalidad» del español ha podido considerarse como un «mito» (Henry KAMEN, 2006), su preeminencia actual no es, desde luego, «mitología» (Julio M. SANGUINETTI, 2007).

2. Lo que se acaba de apuntar sugiere –segundo fenómeno a registrar aquí– una auténtica nueva fase de internacionalización del español, acaso el cuarto peldaño en la trayectoria ascendente de

una lengua milenaria, por nombrarla como Emilio ALARCOS (1982), marcada desde su mismo origen por una vocación integradora y de apertura.

En el curso de su historia, pueden distinguirse, en efecto, cuatro distintos momentos de especial tensión expansiva. El primero, a partir de sus iniciales vagidos en la confluencia de los reinos de Castilla, Navarra y Aragón, Ebro arriba, convirtió una originaria mezcla de castellano, de riojano, de navarro, de aragonés, de vascuence... en español, esto es, en lengua común, en koiné de intercambio peninsular, cualquiera que fuese la lengua materna de quienes pasaron a emplearla; una lengua de todos y de nadie, con reglas gramaticales sencillas y fonética accesible, como convenía a su finalidad práctica (VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA, 2007).

El segundo episodio expansivo es aquel en que el español salta fronteras, coincidiendo cómo no, con la expansión imperial de la Monarquía Hispana. En América, primero, y en Europa, un poco más tarde, el español llegó allí donde llegaban los ejércitos, las flotas y la administración de la corona. Es cierto que en los dominios de los Reyes Católicos y de los Austrias, donde se siguió casi siempre un «principio de liberalidad» en cuestiones lingüísticas (GARCÍA DE LA CONCHA, 2006), la castellanización fue lenta, y que, tres siglos después de la llegada de los españoles al otro lado del Atlántico, era todavía una porción muy reducida de la población total la hispanohablante en unos u otros territorios. «La larga historia del español en América (...) arroja muy pocos frutos tempranos», ha resumido Humberto LÓPEZ MORALES (2005 y 2006), que ha dedicado documentadas páginas a estudiar «las peripecias» de esta lengua «en su andadura americana». Pero gracias a las colonias de América y Filipinas el español se hace entonces «universal», consiguiendo simultáneamente en Europa, durante el siglo XVI y buena parte del XVII, «rango de lengua de modernidad (...), lengua principal de saber y cultura» (Antonio-Miguel BERNAL, 2005). Aunque sólo fuera en determinados órdenes y en ciertas actividades, «la tierra fue redonda primero en español», como gusta de decir Belisario Betancur (2007 a y b).

Un tercer momento, y estelar, de ese proceso internacionalizador del español es el que contempla su conversión en lengua común de la independencia de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, en la lengua que servirá para sistematizar la cultura, la educación, los espacios públicos, las comunicaciones formales en todas ellas y

14 Economía del español

entre ellas: auténtico «vínculo de fraternidad», según la afortunada expresión que en 1848 empleara Andrés BELLO, reconocido defensor de la unidad del español desde su Venezuela natal. En la *lingua franca* de la América indohispánica, dicho al modo de Carlos FUENTES (2005), esa habla castellana creada por mestizos, mulatos, indios, negros, europeos, aprovechando la hospitalidad creativa, abarcante, receptiva del español. En la lengua que servirá para intercomunicar todo un vasto territorio continental atomizado lingüísticamente, babelizado aún cuando llegue la hora de la rebelión, no obstante el intervencionismo borbónico que, siguiendo «las modas lingüísticas de París» (Francisco MORENO, 2005), impuso el español con los decretos de Nueva Planta en el siglo XVIII.

Serán, de hecho, las nuevas repúblicas americanas quienes, al tiempo que lo incorporan a los planes de estudio de sus universidades, eleven constitucionalmente a rango de lengua nacional al español. La lucha contra la metrópoli no será combate contra su lengua mayor; antes al contrario, «en las repúblicas hispanoamericanas el nacionalismo se expresa en español», una suerte de compensación histórica de aquella pauta de liberalidad que durante dos siglos, al menos, llevó a proteger –cuando no a recuperar– las lenguas indígenas, dándose así «la paradoja de que la cultura europea que más había hecho para preservar las lenguas de los otros en América logró salvaguardar, de rechazo, su propia lengua, precisamente por haber sido generosa» (Ángel LÓPEZ GARCÍA, 2007). Lengua común de multiplicados países, «factor de coherencia» de una civilización que no ha dejado de crecer en «complejidad étnica» (John H. ELLIOTT, 2006). Lengua multiétnica, pues, además de multinacional: la «lengua igualitaria del mestizaje entre etnias de lengua y cultura muy diferentes», una «ideología de progreso» (LÓPEZ GARCÍA, 1991 y 2007). Un tercer momento decisivo, en suma, para la suerte del español. Si el imperio «había creado a España» (KAMEN, 2003), fueron las naciones en que aquél se desmembró quienes acabarían refrendando la talla internacional del español.

De ahí que la actual no sea sino una postrer fase del exitoso ensanchamiento del territorio físico y humano de la lengua española. Cuarto peldaño internacionalizador con una triple proyección distintiva: el enérgico avance del español como segundo idioma más estudiado en Europa, la explícita apuesta hispánica de Brasil en el terreno lingüístico y, sobre todo, la ascensión del español al puesto

de segunda lengua de Estados Unidos, con varias decenas de millones de hispanohablantes y con esa garantía de futuro que es su cualidad de lengua aprendida por la segunda y la tercera generación de los inmigrantes hispanos (Francisco MARCOS MARÍN, 2006 y Rafael HERNÁNDEZ COLÓN, 2007).

Nuevo episodio internacionalizador, dicho de otro modo, que tiene, a su vez, un triple apoyo en el marco actual de la acentuada mundialización de la economía y de la información: la creciente apertura de las economías iberoamericanas, la formidable internacionalización empresarial española y la demostrada capacidad de irradiación de los patrones culturales –vale decir latinos– asociados a la lengua española, bien en y desde Estados Unidos, bien desde los principales núcleos de las industrias culturales de España y de Iberoamérica, lo que no deja de constituir otra instancia o suerte de globalización que, a su vez, facilita la expansión del español. Cuando éste, además, sigue creciendo «de fronteras adentro» en los países hispanoamericanos, y más en aquéllos con más hablantes de otras lenguas (guaraní, quechua, nahua, chibcha), pues el castellano mejora de inmediato la accesibilidad al mercado de trabajo y ciertos niveles de integración social.

3. El tercer factor que acentúa el interés que hoy reviste el estudio de las dimensiones económicas del español ha quedado también sugerido en las líneas que preceden. España y los países titulares de esa «propiedad mancomunada» han iniciado el siglo XXI aunando, en mayores proporciones que nunca antes, crecimiento económico y democracia. Es una combinación que, por supuesto, no está garantizada –rampantes, una vez más, los espectros del populismo y el caudillismo–, y que incorpora toda una gradación de situaciones matizadamente diferentes. Pero el cruce efectivo de ambos vectores –con el recorrido de la España democrática en lugar preeminente– otorga a la situación presente un rasgo singularizador, que juega a favor de las naciones en que esa encrucijada se produce, y tanto si se consideran una a una como si son contempladas en conjunto. Un efecto favorable al que no es insensible el idioma, por supuesto.

Ciñendo el razonamiento al ámbito económico, la cuestión se revela diáfana. De un lado, el despliegue de un largo ciclo expansivo de la economía española que ha saltado con brío la barrera del cambio

16 Economía del español

de siglo, junto con los positivos registros que en significados países de Iberoamérica están proporcionando los flujos de inversión exterior, las abultadas remesas de la emigración y, no en último lugar, desde luego, la fortísima demanda y los altos precios de las materias primas, de la soja al petróleo y del gas al cobre o al zinc, con el resultado final del mejor cuadro macroeconómico de la región desde hace tres décadas. De otro lado, una compartida lengua con un alto grado de cohesión, incursa en un proceso expansivo sobresaliente. Y bien, si lengua y economía se interrelacionan y potencian recíprocamente –la lengua facilita múltiples facetas de la actividad económica, y el desarrollo y la capacidad creativa de ésta constituyen el mejor soporte para la expansión de aquella–, las condiciones para fortalecer esa interacción positiva parecen halagüeñas para el conjunto de países que comparten el *activo cervantino* por excelencia.

Lengua muy homogénea, el español potencia la actividad productiva y mercantil de economías progresivamente abiertas, internacionalizadas y con muy notables ritmos de crecimiento; y esta fortaleza económica, si consigue durar –lo que exigirá avances en productividad y marcos institucionales solventes– constituirá la mejor justificación y garantía de la lengua que contribuye a hacerla posible. Lo que no equivale sino a afirmar que la cultura de las naciones y la lengua en que se expresa –como ha ocurrido sucesivamente con el griego, el latín, el árabe o el inglés– «camina de la mano del progreso económico» (Osvaldo HURTADO, 2007).

4. Otro hecho concurrente: el renovado papel del español como elemento vertebrador de la comunidad hispánica de naciones. No es algo nuevo ni tampoco aislado, pero hoy adquiere contornos mejor perfilados y más vigor.

Hay que situarlo, enseguida, dentro de lo que acertadamente se ha llamado «reencuentro del mundo iberoamericano» (SANGUINETTI, 2007). Un reencuentro con componentes económicos, sociales y políticos bien definidos: principalmente, la masiva irrupción de multinacionales españolas en las economías de América Latina –escuela de estrategias de internacionalización para aquellas gracias, entre otras cosas, a la lengua compartida–; los flujos migratorios de iberoamericanos hacia España; los reforzados programas españoles de cooperación para el desarrollo; en fin, las anuales Cumbres Iberoamericanas de jefes de Estado y de Gobierno, ya cer-

ca de su vigésima convocatoria, y la creación, todavía reciente, de la Secretaría General Iberoamericana. Todo ello, es verdad, conforma una especie de agrandada base material del actual acercamiento, de la revitalizada afinidad, de la multiplicación de intercambios que evoca el término «reencuentro».

Donde éste, sin embargo, se está produciendo más plenamente es en el terreno del idioma, merced a toda una serie de actuaciones que han ampliado y hecho más consistente el repertorio de normas e intereses compartidos en y sobre la lengua común. Suman aportes públicos y privados, iniciativas académicas y patrocinios de grandes empresas, trabajo especializado de lingüistas de alta cualificación y capacidad gestora. Todo ello al servicio de lo que es un verdadero programa de «política lingüística panhispánica», cuyo cometido es fácilmente enunciable: la elaboración compartida –por las veintidós Academias de la Lengua Española– de los tres grandes códigos que sustentan e ilustran la unidad del español: el código léxico del diccionario, el código gramatical y el código ortográfico (GARCÍA DE LA CONCHA, 2006).

Fundamental, más aún, determinante para llevarlo a buen puerto está resultando la fuerza emprendedora y el indiscutido liderazgo de la Real Academia Española, que ha revitalizado de paso la Asociación, creada en 1951, de las correspondientes corporaciones académicas nacionales. Asociación que, a su vez y en colaboración con el Instituto Cervantes, ha encontrado en los Congresos Internacionales de la Lengua Española –en Zacatecas, 1998; en Valladolid, 2001; en Rosario, 2004; en Cartagena de Indias, 2007– un escaparate excepcional para proyectar socialmente su voluntad de preservar la «unidad en la variedad» del condominio lingüístico que es el español.

Los resultados de ese compartido empeño de quienes corporativamente son los valedores de la lengua, los logros de esa suerte de ambiciosa empresa intelectual transoceánica van mucho más allá de lo estrictamente académico, siendo lo ahí conseguido de la máxima importancia.

La tiene, desde luego, consensuar diccionario, gramática y ortografía, partiendo de las variantes léxicas, morfológicas y sintácticas de una lengua desparramada por doce millones de kilómetros cuadrados y que es lengua de países, no sólo de administraciones o de élites, al contrario, pues, que el francés o el inglés en naciones que otrora fueron colonias. Algo de extraordinaria importancia, en efec-

18 Economía del español

to, en tanto que de algún modo institucionaliza la cualidad *policéntrica* de la norma lingüística que rige para todos y que todos aceptan. Un excepcional apoyo para la homogeneidad idiomática del orbe hispanohablante, ya caracterizado de antiguo por su cohesión, frente al panorama fuertemente dialectizado de otros territorios lingüísticos, y una contribución de primer orden para facilitar el aprendizaje del español por doquier, tarea que siempre han hecho comparativamente accesible su nitidez fónica, su simplicidad ortográfica y la adecuación entre lengua hablada y escrita (SALVADOR, 2007).

En resumen, la cohesión idiomática de la comunidad hispanohablante –«lo más valioso que poseemos los países hispánicos», escribió Julián MARIAS (1986)–, históricamente atribuible a la función de koiné peninsular, primero, y de koiné de la América hispánica, después, dispone hoy de una formidable plataforma: la proporcionada por el creativo trabajo compartido de las máximas corporaciones de la lengua española. Que aporta a la vez un atractivo adicional para aprender español, esta lengua fácil en tanto que lengua «blanda», con fluidez y sin graves rupturas comunicativas entre hispanohablantes de muy distintas latitudes geográficas (LÓPEZ MORALES, 2004).

No se exagera, pues, al hablar del reforzamiento que así, silenciosa pero efectivamente, se está consiguiendo de los lazos que unen a los países que comparten como lengua propia el español, capaz de aportar mayor «sentimiento de comunidad» que otras lenguas internacionales, como el francés, el árabe o el inglés (LÓPEZ GARCÍA, 2007). La referida iniciativa académica está alentando nuevos contactos, relaciones, intercambios y emprendimientos, como, por poner un solo ejemplo, aunque descollante, el que ha llevado a establecer un sistema común de certificación del conocimiento del español como lengua extranjera, promovido por el Instituto Cervantes y ya firmado por la Conferencia de Rectores de Universidades Españolas (CRUE) y por un centenar de instituciones y universidades de ambos lados del océano. La lengua, en suma, factor vertebrador de la comunidad hispánica de naciones. No es ocioso subrayarlo. Como tampoco lo es ver en ello «una de las más importantes acciones de la política exterior española de los últimos tiempos» (Juan A. VÁZQUEZ y Ángel GABILONDO, 2007).

Factor vertebrador de lo panahispánico que no es indiferente –añádase– al escenario económico iberoamericano: no sólo por lo

que puede estimular los intercambios mercantiles, sino también, y sobre todo, porque la preservada cohesión del español –mayor que la del inglés, obligada referencia en tanto que idioma global– es una magnífica baza para potenciar múltiples actividades de economías crecientemente abiertas e internacionalizadas. Su consensuada unidad le proporciona al español una notoria ventaja comparativa en el mercado mundializado.

5. Completa esta relación de hechos que acentúan la oportunidad de adentrarse en el estudio de la economía del español, algo que, paradójicamente, no es sino una situación carencial, de señalada debilidad: el abultado déficit del español como lengua de ciencia y de la técnica y como idioma de las comunicaciones informáticas. Cuestión grave porque en este terreno se dirime una parte sustancial del destino de las grandes lenguas hoy internacionales y, por tanto, de sus potencialidades económicas.

Ocurre, por fortuna, que está extendiéndose también la conciencia del problema, sin duda la condición previa y necesaria para afrontarlo con alguna garantía de éxito. Si hasta hace algunos años se ponía el énfasis, cuando se trataba de detectar posiciones relativas, en el escaso uso de la lengua española en el mundo de la diplomacia y en las relaciones mercantiles o negocios internacionales, ahora se insiste, con buen sentido, en que la desventaja superior, por sus implicaciones a medio y largo plazo, es la que relega al español a lugares secundarios –y no sólo en relación con el inglés– en la creación y difusión científica y en el envolvente universo de la red informática, red de redes. Cada vez son más numerosos los informes que dan cuenta, en efecto, de la situación de inferioridad del español ahí, donde se juega la primacía internacional de las lenguas en el tiempo que viene, abundando en datos sobre niveles comparados de producción científica, de infraestructuras de conexión a la red informática y del acceso y la presencia en ésta, de disponibilidad de tecnologías de la información y la comunicación que hoy son distintivos de las economías adelantadas.

Sólo aumentando sustancial y duraderamente su papel como idioma vehicular de la investigación y su relevancia en Internet, el recurso estratégico que es el español podrá aprovechar sus vastas posibilidades para todo el condominio lingüístico internacional que aglutina. Sólo un tenaz esfuerzo en ese sentido permitirá que el es-

20 Economía del español

pañol esté al nivel que la comunidad hispanohablante quiere tener en el futuro (Guillermo Rojo, 2007). El tiempo apremia.

* * *

No son pocas las razones, en definitiva, que aconsejan hoy demorar-se en las relaciones que se establecen entre economía y lengua, particularmente cuando ésta alcanza gran proyección internacional, como la ha conseguido el español. Es lo que se hace en esta obra, con sentido introductorio en dos campos poco frecuentados: el análisis económico, propiamente dicho, de la lengua y la cuantificación del impacto económico del español. Doble iniciación que se resuelve en un tratamiento parejo: primero, dos capítulos se proponen aportar elementos para una correcta comprensión de la naturaleza económica de la lengua y un panorama de la literatura más relevante sobre el tema; luego, otros dos se centran en la determinación del valor económico del español, clarificando de entrada aspectos metodológicos, para avanzar después resultados del ejercicio de cuantificación que se está realizando, simultáneamente, en distintas líneas de trabajo.

Al poderoso reclamo de la oportunidad que brinda estar ya inmersos en «la hora industrial del español» (Juan R. LODARES, 2001 y 2005), por utilizar la expresión acuñada por quien con más tesón ha escrito sobre ello durante años, se suma en este caso la especial incitación que suscita un tema novedoso.